

950 Aniversario del cisma de Oriente

*Antonio Izquierdo**

Han pasado algo más de novecientos cincuenta años desde que Humberto de Silva Candida, legado pontificio, depositara sobre el altar de Santa Sofía, en Constantinopla, la bula de excomunión contra el patriarca Miguel Cerulario y sus seguidores (16 de julio de 1054). A ella siguió, algunos días después, la excomunión del patriarca contra los latinos. En estas cuatro líneas se resume un hecho trascendental, que ha dejado una huella imborrable en los diez siglos posteriores. Hoy en día, tanto la Iglesia católica como la Iglesia ortodoxa mantienen relaciones de diálogo sea a nivel teológico que interpersonal. En este clima favorable conviene recordar estos siglos de dificultades y de falta de entendimiento para no repetir los errores del pasado.

Los caminos hacia la excomunión

Escribe Ostrogorsky: “No fue el cesaro-papismo bizantino el que provocó la ruptura... Fue una peculiar combinación de factores, en los que a un papado fuerte y lejano de todo compromiso se contraponía un patriarcado otro tanto fuerte, muy consciente de la propia dignidad y flanqueado por un Imperio débil”¹. El Imperio

* Director de Ecclesia.

¹ GEORG OSTROGORSKY, *Storia dell'Impero bizantino*, 305-306. En el mismo sentido, se expresa el patriarca de Constantinopla, Bartolomé I, en una entrevista concedida a 30Giorni: “Los anatemas de 1054 eran un episodio de poca importancia en sí mismo, pero eran el resultado de un largo proceso, la ruptura de una inflamación purulenta que duraba desde mucho tiempo. Sus personas y sus caracteres han desempeñado, seguramente, su papel, pero no han sido los factores determinantes del curso de la historia de la Iglesia. Las fuerzas que han de-

bizantino había llegado a su apogeo con la dinastía macedonia. Esta dinastía, que gobernó el imperio por un siglo y medio, había mantenido relaciones amigables con Roma. Pero desde la muerte del gran Basilio II (+ 1025), el gobierno imperial se había debilitado hasta que en 1054 con Constantino IX y su esposa Zoé la dinastía macedonia se extinguió.

Un factor relevante, aunque remoto, entre otros muchos, lo constituye el imperio y la reforma carolingias. Entre el siglo VIII y XI se acrecentó la distancia entre Oriente y Occidente no sólo política sino también religiosa. En el campo doctrinal fue decisiva la actitud de los carolingios sobre el culto a las imágenes y sobre el *Filioque* introducido en el Credo. Así Carlomagno hizo que, en su capilla, se recitara el Credo –también con el *Filioque*– antes del Evangelio, cosa que sus teólogos de la corte defendieron con especial ardor. Y es precisamente en tiempo de Carlomagno cuando surge por vez primera una verdadera controversia entre teólogos francos y teólogos orientales del monasterio de san Sabas en las cercanías de Jerusalén acerca de las cuestiones del *Filioque*². La controversia adquiere tintes violentos con Focio, patriarca de Constantinopla. En la lista de acusaciones contra Occidente denomina el *Filioque* como “corona de maldades”, “obra diabólica” y doctrina herética. Respecto a las imágenes, el concilio de Frankfurt (794), reunido por Carlomagno, reprobó, a causa de una traducción errónea, al latín, de los decretos del Concilio Segundo de Nicea, el culto a las imágenes (Cf Denz-Hün, 612; 600-603). Escribe Vittorio Peri sobre el asunto, con no poca razón: “El inicio del cisma milenario entre Occidente y Oriente halla su génesis histórica justamente en este cisma de la Iglesia

terminado este curso eran más profundas, más amplias, más espirituales y más eficaces” (Entrevista de Gianni Valente en *30Giorni*, gennaio 2004, 14).

² KARL CHRISTIAN FELMY, *Teología ortodoxa actual*, Sígueme, Salamanca 2002, 91.

carolingia de la Iglesia griega de Oriente, no compartido en esa época por la Iglesia romana”³

En este triste asunto de división eclesial, no puede pasarse por alto la querrela entre los patriarcados de Roma y Constantinopla respecto a las pretensiones jurisdiccionales sobre Italia meridional. Es evidente, como escribe Beck, que “desde los primeros años del siglo XI, el entrelazamiento de la política pontificia con los intereses de los Normandos y del Emperador alemán en Italia meridional provoca en la región una situación nueva”⁴. Bizancio no dejó de manifestar su disgusto y desacuerdo al apoyo dado por Roma a los Normandos que se habían asentado, en perjuicio de los bizantinos, en las regiones de Puglia y Campania. Una clara señal de las posturas contrapuestas se muestra, de parte de Constantinopla, en que se suprime la mención del papa reinante en la liturgia oriental y, de parte de Roma, en la introducción del Credo con la adición del *Filioque* en su propia liturgia (año 1014)⁵.

Es interesante constatar que a mitad del siglo XI la situación general era favorable a un encuentro más que a un choque entre Oriente y Occidente. Los bizantinos se había puesto de acuerdo

³ VITTORIO PERI, *Da Oriente a Occidente. Le Chiese cristiane dall’Impero romano all’Europa moderna*, Roma-Padova 2002, 742.

⁴ HANS-GEORG BECK, en HUBERT JEDIN (ED.), *Historia de la Iglesia*, vol. IV, 533.

⁵ “Desde que, por deseo de Enrique II, manifestado con motivo de su coronación como emperador romano en Roma en el año 1014, el Credo Niceno-constantinopolitano es incorporado a la misa romana, se recita en Occidente según la fórmula ampliada: ‘Y en el Señor, el Espíritu Santo, que vivifica, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo es a la vez adorado y a la vez glorificado’...En siglos anteriores la postura de los Papa fue contraria, y sólo se recitaba en las Iglesias de Francia y España. Así continúa Felmy: “Para dar relieve al texto original en su versión no modificada, el Papa León III (795-816) hizo que en la basílica de san Pedro, en Roma, se colocaran dos placas de metal con el texto del Credo, sin la adición, en lengua griega y latina. Tan sólo en tiempo de Enrique II se vino abajo la resistencia de los papas a una ampliación del texto” (KARL CHRISTIAN FELMY, *Teología ortodoxa actual*, Sígueme, Salamanca 2002, 88.90)

con los alemanes y latinos en una operación anti-normanda; el Papa León IX, por su parte, aprovechó la ocasión para desembarazarse de la protección de los Normandos. Con visos de un general arma un ejército y se mete al frente de una operación contra los Normandos en Puglia. Es derrotado y hecho prisionero el año 1053. Esta derrota del papado alentó y reforzó el acuerdo entre bizantinos y latinos. Los legados papales, enviados a Constantinopla, para tejer la trama del acuerdo son recibidos por el emperador con grandes honores. Sin embargo, la embajada pontificia negoció sólo con el emperador, sin tener en cuenta la nueva situación creada en Bizancio gracias a la fuerte personalidad de Miguel Cerulario. Una personalidad “tempestuosa por no decir revolucionaria, que representa una excepción en la historia de los patriarcas bizantinos”⁶.

Para impedir el acuerdo latino-bizantino, Cerulario recurrió a dos medidas: una fue la de cerrar los monasterios y las iglesias latinas en Constantinopla, la otra la de confiar la propaganda antilatina a la pluma de León, un funcionario de Palacio elevado por el patriarca de Constantinopla, contra la tradición bizantina, a arzobispo búlgaro de Ojrid. La reacción de Roma no se hizo esperar. La legación pontificia y la respuesta a la propaganda antilatina se encomienda a Humberto de Silvacandida, un espíritu también revolucionario, a quien León IX otorgó un papel de primer plano en su política y en la preparación de documentos oficiales⁷. Redacta una respuesta en la que recrimina a los griegos más de noventa errores. Luego, en Constantinopla, como legado papal, manda traducir al griego su respuesta polémica y se enfrasca en una deplorable discusión en la que tacha de herejía muchas costumbres de los griegos, legítimas aunque diversas de la tradición latina. De

⁶ HANS-GEORG BECK, en HUBERT JEDIN (ED.), *Historia de la Iglesia*, vol. IV, 533-534.

⁷ Es la primera vez que un obispo suburbicario (de Silvacandida), participa activamente en los asuntos de la Iglesia romana sin tener el cargo de bibliotecario, que viene a ser el de Secretario de Estado en la actualidad.

esta manera, “el encuentro que debía sancionar un acuerdo se convirtió en causa de una separación mayor”⁸.

Las primeras consecuencias

La situación creada por las posturas de dos “revolucionarios” agudizó la tensión, presente a lo largo de los siglos del primer milenio cristiano, pero podría haberse normalizado, sin consecuencias desastrosas para el futuro. ¿Qué es lo que hizo precipitar las cosas?

1) Las cruzadas

Los dos decenios sucesivos al 1054 son amargos y penosos para el Imperio bizantino. En Oriente, el Imperio pierde definitivamente Armenia, Capadocia, Cilicia y Asia Menor en beneficio de los turcos. La reconquista de Sicilia por los Normandos y la independencia de Montenegro y Croacia privan a Bizancio de sus puntas de lanza en Occidente. El nuevo emperador bizantino acude a Gregorio VII en petición de ayuda contra los turcos. Así lo menciona el mismo Papa en 1074: “Los cristianos de Oriente, son segados por los paganos con inaudita crueldad y asesinados cotidianamente como animales. Así el pueblo cristiano ha quedado reducido a la nada, y se encuentra en condiciones verdaderamente miserables. Ellos se han dirigido humildemente a mí implorando que socorra de cualquier modo a estos hermanos nuestros para que no desaparezca la religión cristiana en nuestra época”. En la acogida por parte de Gregorio VII de este apelo reside el verdadero inicio de las cruzadas. El deseo de ayudar a los hermanos de Oriente y de liberar el Santo Sepulcro fue tan intenso y envolvente, a pesar del cisma, que en julio de 1099 Jerusalén fue liberada.

Sin embargo, a la liberación siguió la ocupación de tierras y la formación de principados latinos, cosa que no agradó a Constantinopla. Enorme agravio fue causado por los venecianos y francos

⁸ GIORGIO FEDALTO, *Le Chiese d'Oriente*, vol. I, 112.

(nombre bajo el cual los bizantinos comprendían a todos los occidentales), quienes con los auspicios de Inocencio III emprendieron la IV cruzada para recuperar de nuevo Jerusalén, reconquistada por Saladino en 1187. Sobre la marcha desviaron sus tropas hacia Bizancio y la conquistaron con una crueldad y ferocidad escandalosas, que quedaron grabadas en la memoria de los griegos para siempre. El actual patriarca ecuménico de Constantinopla evoca ese episodio en términos nada suaves: “En 1204 fue saqueada de modo inhumano y bárbaro Constantinopla, como si fuese una ciudad de infieles y no de personas de la misma fe cristiana. Fue asentada en ella y en otras muchas ciudades una jerarquía eclesiástica latina, como si la ortodoxa no hubiese sido cristiana. Fue proclamado que fuera de la Iglesia papal no existe salvación, lo que significaba que la Iglesia ortodoxa no salva. Fue inaugurado y llevado a cabo un esfuerzo imponente de latinización, de matriz franca, de la Iglesia ortodoxa de Oriente”⁹. Con Fedalto se puede afirmar que “sin temor de equivocarse la cruzada no hubiera sido posible sin toda la preparación que va bajo el nombre de reforma gregoriana y que halló en Gregorio VII el exponente de mayor relieve. Aunque es verdad que la reforma iba dirigida en primer lugar a una revalorización espiritual de la Iglesia, mediante la corrección de los abusos del clero y el restablecimiento de la autoridad pontificia y episcopal, sin embargo, el fenómeno de centralización papal que la reforma trajo consigo, tuvo como consecuencia el conferir una dinámica mucho más expresiva a cualquier decisión, incluso a las referidas al orden civil”¹⁰

2) La reforma gregoriana

No es el caso de considerar aquí la necesidad de la reforma ni los beneficios que aportó a la cristiandad occidental. Tampoco forma parte de nuestra intención el ser desconsiderados con la

⁹ GIANNI VALENTE, *Intervista con Bartolomeo I, patriarca ecumenico di Costantinopoli*, en: 30Giorni, gennaio 2004, 14.

¹⁰ GIORGIO FEDALTO, *Le Chiese d'Oriente*, vol. I, 76-77.

persona y la santidad de Gregorio VII y los demás papas reformadores. Nos interesa únicamente la posible relación entre la reforma y la consolidación del cisma de Oriente. Para cualquier historiador resulta evidente que la reforma gregoriana implicó y tuvo como efecto la centralización del poder religioso y político. Esta centralización culmina en el papa Inocencio III, su defensa del primado de la Sede romana¹¹ y su postura sobre la doble potestad en la tierra¹². Indudablemente que el carácter centralizador de la reforma no pudo no influir en las relaciones tanto políticas como religiosas con el Oriente. En definitiva, predomina la idea de que la cristiandad sea una sola, y ésta latina.

Con la reforma gregoriana no se abolió el feudalismo, ni Gregorio VII puede considerarse el destructor del viejo mundo feudal, como sostiene Giorgio Falco. Más bien habrá que decir que el vasallaje se refuerza, pero en términos invertidos. “Con la reforma eclesiástica romana, afirma Cinzio Violante, el proceso de feudalización de la Iglesia no se contuvo, sino que se intensificó...La reconquista cristiana del mundo para restaurar y extender la cristiandad... fue conducida por la Iglesia con medios feudales, como la creación de Estados vasallos”¹³, porque al papado no interesaba tanto la propiedad de la tierra cuanto vasallos para las empresas militares. No deja de ser verdad que la lucha contra las investiduras y la preparación de las cruzadas requirieron de la Iglesia, especialmente de la Sede romana, la inserción en el desarrollo de la economía monetaria y en el feudalismo de la época. La Iglesia ganó la batalla de las investiduras, arrancando al clero de los tentáculos del poder laical, pero no logró ganar la paz. Los acontecimientos sucesivos envolverán a la Iglesia en una guerra constante tanto en Occidente como en Oriente.

¹¹ Cf Ep. *Apostolicae Sedis primatus ad Iohannem patriarcham C'polit.*, 12 Nov. 1199 (Denz-Hüin, 774).

¹² Cf Ep. *Sicut universitatis ad Acerbum consulem Florentinum*, 30 Oct. 1198 (Denz-Hüin, 767).

¹³ CINZIO VIOLANTE, *Chiesa feudale e riforme in Occidente (sec. X-XII). Introduzione a un tema storiografico*, 149.

La voz autorizada de Bartolomé I afirma que “la reforma gregoriana ha provocado reacciones en la Iglesia ortodoxa y en su grey a causa del espíritu del que manaba el modo de su realización (espíritu de autoritarismo, de poder y de acciones unilaterales que trastornaban tradiciones)¹⁴. Cabe añadir, en contrapeso, que ya Nicolás I en el año 867 se había lamentado del desprecio de los griegos para con los ritos sacramentales de la Iglesia latina. El concilio Lateranense IV (1215) insiste sobre el tema con estas palabras: “Desde que la Iglesia griega con algunos cómplices suyos se sustrajo a la obediencia de la sede apostólica, los griegos han comenzado a despreciar hasta tal punto a los latinos que...si los sacerdotes latinos celebraban sobre sus altares, éstos rehusaban de ofrecer en ellos el santo sacrificio, si no eran lavados, como si estuvieran contaminados. Además, los griegos rebautizaban a los que había sido ya bautizados por los latinos, cosa que algunos hacen todavía”¹⁵.

El diálogo en difícil marcha

El siglo XX bien puede ser llamado el siglo del movimiento ecuménico y del diálogo. A pesar de los esfuerzos y del logro aparente de unión en el concilio de Florencia con las Iglesias orientales, y a pesar de los denodados intentos en favor de la unidad por parte de los confesores de Augsburgo para superar la escisión de la cristiandad occidental, el Movimiento ecuménico no comenzó, propiamente hablando, sino en el siglo XX, y esto sin la intervención directa de la Iglesia católica. La Asamblea misionera de Edimburgo de 1910 representa el punto de arranque del movimiento. En 1948 se crea el Consejo Ecuménico de las Iglesias (CEI) en Amsterdam, como resultado de la convergencia de los movimientos ecuménicos nacidos de la Asamblea de Edimburgo: Fe y Constitución (doctrinal) y Vida y Acción (social). En 1954 la CEI celebra la Asamblea de Evanston y los católicos dan los primeros pasos hacia la colaboración, enviando a ella observado-

¹⁴ Cf 30 Giorni, gennaio 2004, 15.

¹⁵ *De superbia Graecorum contra Latinos*, in: Denz-Hün, 810.

res¹⁶. Juan XXIII, al anunciar la convocación del Concilio Vaticano II, tiene la mirada puesta no sólo en la edificación del pueblo cristiano, quiere que sea también una invitación a las comunidades separadas a buscar la unidad, tan anhelada por tantos hombres en todos los puntos de la tierra¹⁷. El Papa además crea y orienta el Secretariado para la Promoción de la Unidad cristiana (1960), puesto bajo la dirección del Card. Agustín Bea, como contribución a la causa del ecumenismo y de la unidad durante la celebración del Vaticano II. Al Concilio fueron invitados como *auditores* representantes de todas las Iglesias. Visser't Hooft resumió la opinión general de los invitados en la frase *res nostra agitur* (se trata de una cosa nuestra). El número de observadores fue creciendo desde la primera sesión conciliar, unos cuarenta, hasta la última en que se contaba un centenar. Pablo VI reconoce la novedad que su presencia representa en la historia de la Iglesia: “Un abismo de desconfianza y escepticismo ha sido superado en gran parte: vuestra presencia aquí es el signo y el medio de un acercamiento espiritual que antes no conocíamos. Se ha impuesto un nuevo método: ha nacido una amistad; ha brillado una esperanza; ha nacido un movimiento” (29 de septiembre de 1964).

El Decreto conciliar *Unitatis redintegratio* sanciona el cambio de actitud de la Iglesia católica, madurado durante décadas anteriores al Concilio, ante el Movimiento ecuménico, reconocido ahora como obra del Espíritu Santo (UR 4). No existe, por tanto,

¹⁶ En los primeros decenios del siglo XX son significativas algunas obras ecuménicas de los católicos. Entre ellas, la fundación del Instituto Oriental por Pío XI (1922), la revista *Irenikon*, de los monjes de Amay-sur-Meuse (1927), la fraternidad *Una Sancta*, de M. J. Metzger (1939), la promoción del Octavario por la Unidad, de P. Couturier; la fundación de la revista *Catholica*, por M. Laros (1932). Los Papas del siglo XX dieron también algunos pasos hacia la unidad, como la prohibición de León XIII a los misioneros latinos de “latinizar” a los orientales (1894), la creación del Instituto Oriental por parte de Benedicto XV; Pío XI, por su parte, tuvo que volver a defender la Iglesia oriental de quienes pretendían reducirla al rito latino, ignorando la riqueza y la belleza de ritos que responden a las varias disposiciones de los pueblos.

¹⁷ Cf Oss. Rom., 26/27 gennaio 1959.

un ecumenismo católico, yuxtapuesto al ecumenismo cristiano en general. Sí se dan unos principios católicos que rigen la actividad ecuménica de la Iglesia católica. Estos principios se derivan de la concepción dogmática de la unidad de la única Iglesia de Cristo, que “en ella subsiste” (UR 4), según la fe católica. Por otra parte, superando la tentación del uniformismo como meta de la unidad, el Decreto reconoce la riqueza y valores de las tradiciones litúrgica y espiritual y de la disciplina canónica de las Iglesias del Oriente (UR 15-17), como cuanto hay de legítimo en la herencia cristiana de las Iglesias y comunidades surgidas del movimiento de reforma protestante (UR 20-23)¹⁸.

Pablo VI trabajó incansablemente por el ecumenismo y, con la Iglesia ortodoxa, tuvo gestos inolvidables, que pasarán a los anales de la historia. En el discurso inicial de la segunda sesión conciliar, con sorpresa de todos los Padres conciliares, pide perdón a los hermanos separados: “Si tenemos alguna culpa en esta separación, pedimos humildemente perdón a Dios y perdón a estos hermanos si consideran que les hemos ofendido. Por nuestra parte, estamos dispuestos a perdonar las ofensas hechas a la Iglesia católica y a olvidar la tristeza sufrida a causa de las disensiones y separaciones durante tanto tiempo” (29 de septiembre de 1963). Gesto elocuente como el que más del nuevo espíritu ecuménico fue el abrazo entre Pablo VI y el Patriarca de Constantinopla, Atenágoras, que tuvo lugar en la ciudad santa de Jerusalén en el contexto del primer viaje-peregrinación a las fuentes de la historia cristiana (enero de 1964). En el diálogo de la caridad entre el patriarca de Roma y el de Constantinopla, éstos definen las Iglesias orientales y la Iglesia de Roma “Iglesias hermanas”. De especial valor ecuménico ha de considerarse la declaración común de la Iglesia de Roma y de la Iglesia de Constantinopla por la que se

¹⁸ El 19 de noviembre de 1962, Mons. E. De Smedt intervino en la asamblea general del concilio para exponer las características que debe poseer un texto para ser considerado ecuménico y que valen para describir una actitud ecuménica. El autor las resumió en nueve puntos. Véase, ELIO BROMURI, *L'ecumenismo. Chiese in cammino verso la piena comunione*, Ancora, Milano 1991, 116-118.

cancelaba la sentencia de excomunión, conminada en el lejano año 1054. Tal declaración se leyó en una celebración solemne simultánea en la Basílica de san Pedro (Roma) y en la catedral del Fanar (Constantinopla). Diez años más tarde, Pablo VI realizará un gesto imprevisto y conmovedor: en la celebración litúrgica para conmemorar el décimo aniversario de la abolición de la excomunión mutua, se arrodillo ante el jefe de la delegación del patriarcado ecuménico, el metropolitano Melitón de Calcedonia, y le besó los pies. Por último, cabe mencionar como gestos de acercamiento, la restitución de algunas reliquias a los lugares de las que habían sido sustraídas en tiempo de las cruzadas, por ejemplo, el cuerpo de san Marcos llevado desde Venecia al Cairo.

Siguiendo el camino abierto por los Papas Juan XXIII y Pablo VI, el Papa Juan Pablo II ha dado, en su largo pontificado, ha dado no pocos pasos hacia adelante en el lento caminar hacia la unidad. Es imposible recordarlos todos. Digamos para comenzar que en sus numerosos viajes internacionales nunca ha faltado el encuentro fraterno con los hermanos separados, y particularmente con los hermanos de la Iglesia ortodoxa, cuando fue el caso. ¿Cómo no recordar la visita de Juan Pablo II al sucesor de Atenágoras, Dimitrios I (1979), en la que ambos patriarcas decidieron instituir una comisión conjunta encargada de emprender un diálogo teológico católico-ortodoxo? El primer fruto de esta comisión conjunta fue el documento “El misterio de la Iglesia y de la Eucaristía en el misterio de la santa Trinidad”, aprobado en la sesión plenaria de Mónaco (1982). Es el primer documento, después del año 1054, en que las dos Iglesias presentan la parte común de la fe, dejando aparte, según lo concordado, las cuestiones controvertidas. En esa misma visita Juan Pablo II reconoció que “el restablecimiento de la plena comunión con la Iglesia ortodoxa es una etapa fundamental en el progreso decisivo de todo el movimiento ecuménico”¹⁹. Desde entonces han sido ya no pocos los documentos emanados de esta comisión católico-ortodoxa sobre temas como la fe, algunos sacramentos, la eclesiología, etc. Signi-

¹⁹ *Giovanni Paolo II pellegrino ecumenico in Turchia*, Ed. Paoline 1979, 19.

ficativa de parte del patriarca Dimitrios I fue una cartga enviada a la comunidad monástica del Monte Athos para que no se dejase turbar “por las malas informaciones y juicios errados sobre los contactos y las relaciones de nuestra santa y grande Iglesia de Cristo con los heterodoxos” (4 marzo del 1988)²⁰.

En el ecumenismo de la caridad ocupa un lugar excepcional el gran jubileo del año 2000. Algunos hitos de gran fuerza ecuménica los recuerda el Papa al clausurar el Octavario de oración por la unidad de los cristianos (25 de enero del 2001): “Continúa radiante en la memoria el encuentro en esta basílica el 18 de enero de 2000, cuando por primera vez una Puerta santa fue abierta con la presencia de delegados de las Iglesias y comunidades eclesiales de todo el mundo. Pero el Señor me ha concedido más aún: he podido pasar el umbral de esa Puerta, símbolo de Cristo, acompañado por el representante de mi hermano de Oriente, el patriarca Bartolomé, y también del primado de la Comunión anglicana. Por un trecho hemos hecho el camino juntos, pero ¡qué alentador ha sido este corto trecho, signo de la providencia de Dios en el camino que queda por recorrer! Nos hemos encontrado con los representantes de numerosas Iglesias y comunidades eclesiales el 7 de mayo, ante el Coliseo, para la conmemoración conjunta de los testigos de la fe del siglo XX: hemos sentido esa celebración como una semilla de vida para el futuro. Me he adherido con alegría a la iniciativa del patriarca ecuménico Bartolomé I de celebrar el milenio con un día de oración y ayuno, la víspera de la Transfiguración, el 6 de agosto de 2000. Pienso también con gran emoción en los encuentros ecuménicos que pude tener durante mi peregrinación a Egipto, al monte Sinaí y, especialmente, a Tierra Santa. Además recuerdo con gratitud la visita de la delegación que me envió el patriarca ecuménico para la fiesta de san Pedro y san Pablo”²¹. En fecha reciente Juan Pablo II realizó un gesto inusitado, rico de afecto y significado, hacia la Iglesia ortodoxa rusa y el patriarca de Moscú Alexis II: la entrega del icono de la Madre de

²⁰ Cf *Regno-Attualità*, 14/88, 395.

²¹ Cf. *Oss.Rom. esp.*, 2 de febrero de 2001, 5-6.

Dios de Kazan por manos del cardenal Walter Kasper, presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos. Al patriarca ortodoxo agradeció al Santo Padre la devolución de esta venerada reliquia y añadió: “En la entrega del icono de Kazan vemos un paso en la dirección correcta, convencidos de que en el futuro se hará todo lo posible para resolver algunos problemas existentes en nuestras Iglesias. Las buenas relaciones entre la Iglesia ortodoxa rusa y la Iglesia católica romana...son sumamente importantes para el futuro de Europa y del mundo entero”²²

En esta marcha progresiva hacia la unidad, ni Pablo VI ni Juan Pablo II han callado las dificultades no pequeñas que existen todavía. Los Papas han insistido, una y otra vez, en que al diálogo y ecumenismo de la caridad ha de acompañar el diálogo y el ecumenismo de la verdad. Y en el camino de la verdad los pasos han sido más lentos, más llenos de asperezas y de obstáculos. Con palabras de Juan Pablo II en la misma ocasión: “La superación de nuestras diferencias conlleva una investigación teológica seria. No podemos pasar por alto las diferencias; no podemos modificar el depósito de la fe. Pero sin duda podemos tratar de ahondar en la doctrina de la Iglesia a la luz de la Sagrada Escritura y de los Padres, y explicarla de modo que sea comprensible hoy”²³. En este diálogo de la verdad constituye una piedra miliar la encíclica sobre el empeño ecuménico *Ut unum sint* (25 de mayo de 1995). En ella escribe el Papa: “Se ha visto claramente que el método a seguir para la plena comunión es el diálogo de la verdad, animado y sostenido por el diálogo de la caridad” (n. 60). En la carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6 de enero 2001) añadirá: “La invocación *ut unum sint* es, a la vez, imperativo que nos obliga, fuerza que nos sostiene y saludable reproche para nuestra desidia y estrechez de corazón. La confianza de poder alcanzar, incluso en la historia, la comunión plena y visible de todos los cristianos

²² *Oss. Rom. esp.*, 3 de septiembre de 2004, 6.

²³ *Ibidem*, 6.

se apoya en la plegaria de Jesús, no en nuestras capacidades” (n. 48).

El lejano horizonte de la plena unidad

“El camino ecuménico es ciertamente laborioso, quizás largo, pero nos anima la esperanza de estar guiados por la presencia de Cristo resucitado y por la fuerza inagotable de su Espíritu, capaz de sorpresas siempre nuevas” (*Novo millennio ineunte*, 12). Juan Pablo II se muestra realista a la vez que esperanzado. La mutua excomunión ha sido felizmente abolida, hay fuerte voluntad de unión en ambas Iglesia, pero la plena unidad es obra sobre todo del Espíritu de Dios. Hemos de estar atentos a la voz del Espíritu para ir construyendo, paso a paso, al ritmo de su Aliento, la unidad tan deseada, por el camino irreversible del diálogo en la caridad y en la verdad. El Espíritu sopla cuando quiere y como quiere. Nos puede sorprender en cualquier momento con la alegre nueva. El horizonte parece lejano, pero el Espíritu Santo puede acortarlo, si todos los cristianos oran incesantemente por la unidad, viven una espiritualidad de comunión, buscan sinceramente la verdad revelada por Jesucristo, promueven realizaciones comunes de solidaridad, se dejan guiar por el Espíritu, verdadera alma de comunión y de unidad.

Como conclusión, citamos un párrafo de la Declaración común del Santo Padre Juan Pablo II y el Patriarca Bartolomé I: “Nos dirigimos al Señor para que sostenga nuestra voluntad y convenza a todos de cuán indispensable es proseguir el ‘diálogo de la verdad’”²⁴.

²⁴ *Oss. Rom. esp.*, 9 de julio de 2004, 8.